



A0381

02/03/1998

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA PRESENTACIÓN DE LOS ANVERSOS ESPAÑOLES DE LAS MONEDAS DEL EURO

Madrid, 02-03-98

Para mí es una gran satisfacción participar en este acto de presentación de los anversos españoles de las monedas del Euro, que es, sin duda, un acto cargado de simbología; simbología de presente y de futuro.

Decía el Subsecretario de Economía y Hacienda que ésta es la primera ocasión que un Presidente del Gobierno visita la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre. No deja de ser curioso que la primera vez que visita el Presidente del Gobierno esta casa sea para despedir las pesetas en la casa donde se hacen las pesetas y dar la bienvenida el Euro. Pero, sin duda, es un motivo de buena satisfacción; de buena satisfacción de una realidad que ya nos alcanza. Por eso, este acto tiene esa gran carga simbólica.

Empezamos hoy la despedida de nuestra moneda, de nuestra peseta. Empezamos a dar la bienvenida al Euro; pero, sobre todo, cumplimos una gran ambición, cumplimos un gran objetivo nacional, un gran objetivo español, que es el de participar desde el primer momento en la fase de creación y en la puesta en marcha de la moneda única, en la puesta en marcha del Euro.

Hoy, por lo tanto, nadie duda ya, ni dentro ni fuera de nuestro país, ni en Europa ni fuera de Europa, que la moneda única es una realidad, y es una realidad inminente. Se han superado muchos años de escepticismo.

Desde otros continentes creían que era imposible que los europeos pusiésemos en marcha una moneda para toda Europa; desde la propia Europa había muchas dudas respecto a los países que formarían parte de ese núcleo fundador del Euro.

La verdad es que había justificación para ambas dudas; para la primera, porque no siempre los europeos hemos sido capaces de impulsar unos procesos de unidad que fuesen lo suficientemente intensos y que pudiesen dar lugar a cambios sustanciales en la vida de nuestros países y en la vida del continente europeo; y, en segundo lugar, porque muchos países, en distintas ocasiones, no habíamos sido capaces de coger el tren, el tren de la historia, el tren del progreso, el tren del futuro, en la misma hora de los demás y habíamos quedado descolgados.

Eso es así de cierto, porque hace dos años la verdad es que... Ahora se dice, en tono más o menos diplomático, que existían enormes dudas sobre que España participase en el Euro desde el comienzo; yo les tengo que decir que no existía ninguna duda de que no íbamos a participar desde el comienzo. Así son las cosas.

Recuerdo que, cuando empecé mi andadura, yo iba a visitar a los Jefes de Gobierno europeos y les decía que España estaría desde el primer momento; evidentemente, nuestra credibilidad en aquel momento era algo que todavía había que demostrar con los hechos. Posteriormente, intentaron surgir nuevas dificultades en nuestro camino; pero

hoy en día es así que, dieciocho meses más tarde, España cumple todos los requisitos para estar en el Euro desde el comienzo y, además, los cumple bien, los cumple correctamente y, en algunos casos, los cumple con más solvencia, con más solidez, con más seguridad, que algunos de los países más importantes de Europa.

Siendo ese trabajo ahora reconocido, tenemos que darnos cuenta también de que no se trata solamente de llegar al Euro; se trata de hacer frente a lo que va a ser un profundo cambio en la vida política, económica y social europea. Profundo cambio que va a afectar a todos: va a afectar a los Gobiernos, a los consumidores, a los empresarios, a los banqueros, a trabajadores, a asalariados; va a afectar absolutamente a todos.

Nosotros debemos preparar nuestro país ante esa decisión, que es el cambio más importante y más profundo que se va a producir en Europa antes de final de siglo. Nada puede hacerse tan importante como renunciar a la moneda propia de un país y crear una moneda común, y eso va a tener una gran trascendencia, en términos políticos y económicos.

En términos políticos, porque en todo el proceso de transformación, de reforma, de ampliación, de modificación institucional, de apertura de Europa, naturalmente, se está asistiendo a lo que va a ser una refundación política de Europa, que tendrá como núcleo básico los países que integren la moneda única desde el comienzo. Y es ahí, esencialmente, una de las obligaciones que tenía España de llegar a tiempo en ese momento fundacional.

Económicamente, porque se van a exigir nuevas y muy diferentes pautas de comportamiento a todas las Administraciones, agentes económicos y sociales, en un marco distinto del que nos veníamos moviendo hasta ahora; en un marco en el que, si hemos conseguido internacionalizar prácticamente en su plenitud nuestra economía, ahora ya sabemos apreciar las ventajas de la estabilidad y tendremos que saber apreciar en el futuro las ventajas de la disciplina, de la estabilidad, de una mayor competencia y de una mayor responsabilidad en el cumplimiento de las obligaciones, que afectan tanto a los que tienen responsabilidades públicas como a los que tienen responsabilidades privadas.

Llegamos a una meta, pero se abre un nuevo camino inmediatamente, que es un profundo reto, una profunda oportunidad, para España. España, después de muchos años, va a tener la oportunidad de estar entre los países más fuertes, desarrollados y prósperos de Europa. España, por primera vez en muchos años, se va a someter a la exigencia, como los demás, de la disciplina, de la estabilidad, del rigor y, por lo tanto, de extraer las consecuencias de una mayor competencia y de unas mayores posibilidades de futuro.

Por lo tanto, estamos ante algo que es una oportunidad y, al mismo tiempo, es una exigencia.

La verdad es que no me canso nunca de repetir, por ahora, que en la vida económica de España, en los últimos treinta y siete, treinta y ocho, años de la vida española, hay tres fechas claves. Si uno mira la España de 1959-1960 se encuentra no solamente una España distinta, sino un mundo diferente también. El Plan de estabilización de 1959, la entrada en la Unión Europea en 1986 y la puesta en marcha de la moneda única en 1998 son las tres fechas claves de un cambio económico y social trascendental en la vida española.

España es un país diferente, distinto; políticamente, económicamente, socialmente. Y esta fecha de 1998 es tan importante o más como las fechas anteriores. Si hemos, como decía antes, en términos económicos, abierto nuestra economía hacia el exterior, ahora le damos las grandes ventajas que supone la estabilidad, que ya vemos en términos de

una menor inflación, de estabildades monetarias, de reducción de tipos de interés o de riguroso control del déficit.

¿Qué significa todo esto? Significa que, por primera vez en mucho tiempo, no nos vamos a dejar las maletas olvidadas en la estación, no se nos van a abrir por el camino, no vamos a tener que correr hasta estaciones próximas para subirnos al tren, sino que llegamos a la hora, en el momento preciso, nos vamos a subir al tren, vamos a estar en un vagón confortable, y en esa condición es en la condición que tenemos que actuar y comportarnos de cara al futuro.

Algunos pueden decir, y no les falta razón, que ésta es una visión optimista de las cosas. Y yo les digo que sí; tengo una visión optimista de las cosas y, sobre todo, tengo una visión optimista de la capacidad de España, de la capacidad de los españoles.

Tenemos que seguir actuando y tenemos que seguir esforzándonos para conseguir que esos objetivos sean unos objetivos que perduren en el tiempo.

Hemos avanzado en estos años por el esfuerzo de la sociedad española de una manera intensa y extraordinaria, pero sabemos que aun nos diferencian cosas, cosas importantes, magnitudes importantes, de los países más desarrollados de Europa.

Si antes teníamos diferencias políticas, que ahora no tenemos; diferencias en cuanto a lo que significaba la dimensión de países o de oportunidades, que ahora ya no tenemos; hay dos magnitudes que nos siguen separando de los países europeos más desarrollados, que son nuestro nivel de desempleo y nuestro nivel de renta. Y, justamente, todo el proceso de renovación, de transformación, de modernización, de la sociedad española es lo que debe derivarnos a conseguir que esas diferencias se reduzcan de una manera cada vez más acelerada.

Vivimos en este momento un proceso muy importante de creación de empleo y vivimos también un proceso importante de crecimiento económico, que hay que saber sostener, que hay que saber prolongar en el tiempo y que hay que saber, con todas las consecuencias, no poner en riesgo ninguno de los equilibrios básicos de la economía española que nos permiten esta situación.

Es, por lo tanto, el propósito del Gobierno seguir alentando el proceso de reformas, en el cual llevamos trabajando desde hace tiempo; es propósito del Gobierno poner en marcha una ambiciosa y profunda reforma fiscal como condición inexcusable también para afrontar el proceso de modernización del país, una vez entre en vigor el Euro y también como factor fundamental de movilización económica para la creación de puestos de trabajo; y es también decisión del Gobierno seguir manteniendo objetivos de disciplina presupuestaria, de rigor, voluntad decidida de continuar luchando contra el déficit y rebajando el déficit, aún en términos más ambiciosos de los que señala nuestro propio Programa de Convergencia y que han sido realmente importantes ya en el año 1997.

Yo espero, por tanto, en esa tarea, que es una tarea de futuro para España, la colaboración de todos. Y, sobre todo, es una tarea optimista, creativa, llena y cargada de posibilidades para España, como nación, y, sin duda, para todos y cada uno de los ciudadanos españoles.

Creo que estamos en ese camino correcto, en el cual tenemos que perseverar. Y ésa es la tarea que nos aguarda: la preparación de nuestro país para el siglo XXI en este nuevo escenario que el Euro crea para todos los países europeos.

Hoy, ese acto simbólico se concentra en la visión de unas monedas. Decía San Isidoro en sus Etimologías que "todo aquello que aspiraba a ser moneda necesitaba, como condiciones inexcusables, metal, peso y figura". Supongo yo que lo del metal y del peso lo garantiza la Fábrica Nacional de la Moneda y Timbre, y por eso yo no voy a hacer ningún comentario; lo de la figura es lo que ustedes han visto, y tengo que decir que a

mí me parece muy bien: la representación máxima de España, de la Corona española, como es S.M. el Rey; el más universal de nuestros escritores, en virtud del cual en tantos centros, decenas de centros, proyectados por el mundo se proyecta la cultura española, como es Miguel de Cervantes; y la Catedral de Santiago de Compostela, que es punto de llegada de uno de los caminos europeos más importantes de toda la historia europea; no se puede escribir la historia europea sin hacer una referencia al Camino de Santiago.

Alguien podría pensar que el Camino de Santiago, la mayor parte del Camino de Santiago, pasa por Castilla, y es verdad; pero he podido resistir esa tentación para llevarnos al lugar de encuentro más importante, lugar de culminación de una tarea histórica, de una trayectoria europea, como es el Camino de Santiago, el propio Santiago de Compostela.

Como decía, este acto cargado de significación, de simbología, nos sirve también para empezar a despedir a nuestra peseta. No sé cuando volverá un Presidente del Gobierno por aquí; yo me ofrezco, por si acaso, cuando empiece a circular el Euro a ver si se hace bien, y venir a verlo. Pero lo que está claro es que en un futuro los niños españoles ya no pedirán a sus padres pesetas, porque ya no habrá; les pedirán, probablemente, Euros. Yo espero que mis hijos no me pidan Euros porque, cuando entre en vigor el Euro, ya empezarán a tener edad de no pedir, y está bien que no pidan. Pero, probablemente, si la vida sigue marchando, mis nietos sí me pidan Euros.

En todo caso, los niños seguirán siendo niños; nuestro país, España, seguirá siendo también España, y nuestra moneda cambiará. Y, sin duda, entre todos estamos haciendo un futuro mejor, para esta generación y para las generaciones venideras.

Muchas gracias a todos por su asistencia.